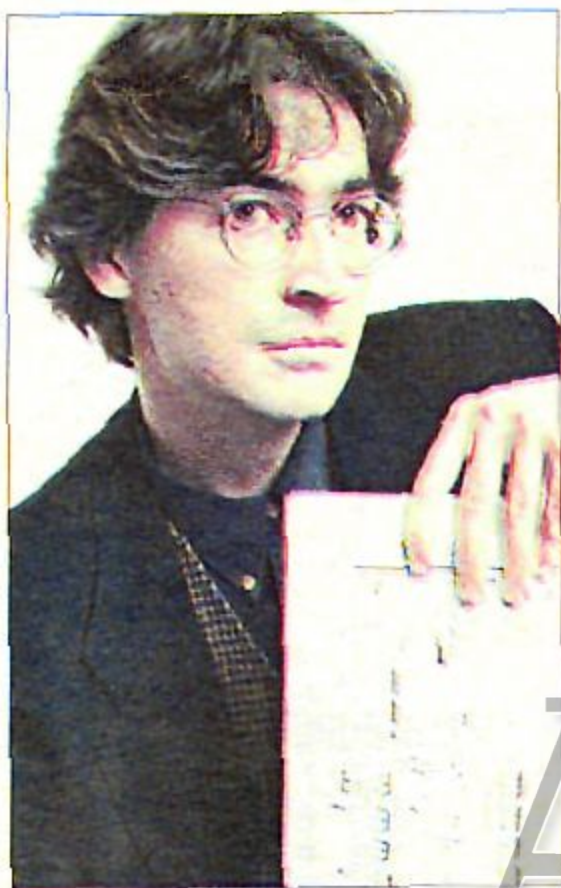


La creación actual es seguida de forma continuada en estas páginas, pero hoy se dedica una atención muy especial a los jóvenes compositores. Esos que luchan por un premio, por un encargo que, la mayoría de las veces, son patrimonio de un grupo de

compositores asentados que copan puestos e influencias. Aquí presentamos trece jóvenes —algunos de ellos ya reconocidos— que van abriéndose camino y que en un futuro no muy lejano estarán llamados a convertirse en los García Abril, Halffter o Marco del mañana



JOSÉ M. SÁNCHEZ-VERDÚ

«**E**L panorama para los jóvenes compositores, en España, es cada vez más alentador. Sin embargo, hay pocas posibilidades para los que nos salimos de la armonía convencional». Así de rotundo se expresa Sánchez-Verdú (Algeciras, 1968), un andaluz por los siete costados que, tras concluir sus estudios de composición y dirección en el RCSM de Madrid, poco ha parado por nuestro país. Compositor becario de la Academia de España en Roma, actualmente estudia junto al profesor Zender en la Musikhochschule de Frankfurt. Orgulloso de haber encontrado su propio lenguaje en «KITAB 7» (reciente Premio Ciudad de Alcoy), integra elementos de diferentes tradiciones en la música actual como «un minucioso modelador del sonido en el tiempo». En febrero, estrenará en Frankfurt su última obra, «Cuaderno de imágenes». Y, siempre, con unos referentes claros. Ligeti, Nono o el maestro Ockeghem. En definitiva, Sánchez-Verdú o, como él se califica, un «orfebre de la música» para el siglo XXI.

COMPOSITORES ESPAÑOLES

LA HORA DE LOS JÓVENES

POR las páginas vecinas de la sección de crítica de ABC han desfilado, en pocos meses, informaciones de estrenos en Segovia, Saarbrücken y Madrid de Mauricio Sotelo (1961), quien ya es un «establecido», así como de Jesús Rueda —otro compositor «indiscutido», de su misma edad— o de Xavier de Paz (1963), pero también de la avalancha del Festival de Alicante, con relevantes «primeras» de Pilar Jurado (1968) y Taré Darias (1972), entre tantos otros menos jóvenes; del estreno en Bilbao de la primera obra orquestal de Joseba Torre (1968), de aquella insólita tarde en que José María Sánchez-Verdú (1968) tuvo que correr, literalmente, de una a otra salas de Madrid, porque le coincidieron dos estrenos absolutos, de otros más recientes aún del propio Sánchez-Verdú y de Jesús Torres (1965), del premio que el INAEM y el Colegio de España en París acaban de otorgar a Alicia Díaz de la Fuente (1967)...

Pero, a poco que abramos la memoria, sin necesidad de recuentos exhaustivos y sin irnos del año en curso, daremos con otros estrenos en Madrid de gente muy joven. Ramón Sillés (1966), Juan Carlos Domínguez (1970), Israel David Martínez (1969), de nuevo Pilar Jurado (1968), Mateo Soto (1972), Mario Ros (1963)..., prescindiendo

—por obvio— de las programaciones donde el estreno de obras de jóvenes compositores es lo propio, como el Festival de Música Electroacústica Punto de Encuentro, los conciertos del CDMC o el ciclo Avui Música de la Asociación Catalana de Compositors, actualmente en curso en Barcelona... Más, el próximo día 22 se celebrará, como ya es hábito de la temporada capitalina, el concierto final del Premio SGAE, con cuatro partituras de jóvenes autores en liza: José María Sánchez-Verdú, Pilar Jurado, Jorge Muñoz (1974) y Ramón Humet (1968); el joven malagueño, criado en Barcelona, Francisco José Martín (1970) ha obtenido recientemente el Premio Reina Sofía de la Fundación Ferrer Salat, lo que implica, además, estreno sinfónico en la próxima temporada de la Orquesta de la RTVE; Joseba Torre estrenará en enero en la temporada regular de la Orquesta Nacional —una obra encargo, a la sazón— y la misma ONE acaba de encargar una obra sinfónica a David del Puerto (1964)... En lo más alto de esta curva, hasta alguna empresa ha visto cómo «su» concierto anual puede cobrar relevancia y jugar a futuro a través del estreno y, en consecuencia, acaba de convocar un concurso bien dotado para proveerse de joven partitura, me refiero al «Concierto de la Almodena» que instituyó el pa-

sado año Unión Fenosa y que en la edición 97 ha constituido la apoteosis del reaparecido Alfredo Kraus.

Sin embargo, como cada vez que cantamos las «excepciones» del momento, hemos de contrapesar, para que no quede flotando una falsa idea. A los jóvenes compositores españoles nadie les regala nada: quienes tienen la dicha de poder ver sus obras estrenadas y hasta de percibir algún ingreso por ellas no hacen sino recibir algo a cambio de lo mucho que dan. Porque, además, el ambiente concertístico, por mucho que haya mejorado en este sentido, sigue siendo deficitario. Afortunadamente —puesto que ello significa abundancia de talento—, se produce bastante más música de interés que la que absorben los conciertos abiertos a presentarla. Aunque la especie tiende a disminuir, sigue habiendo mucho intérprete y mucho programador que proyecta sus propios fantasmas sobre públicos inocentes («no podemos espantar a nuestra gente, no está preparada, ya sabes...» —Pues no, no sé). Y sigue habiendo orquestas de miras muy estrechas, que continúan dedicando a entretenimiento (nobilísimo, vive Dios) la totalidad de unos presupuestos que parecería lógico que se repartieran entre entretenimiento y cultura.

J. L. GARCÍA DEL BUSTO